

ULISES GORINI

# La venganza y otros relatos



 Edup

derechos  
humanos



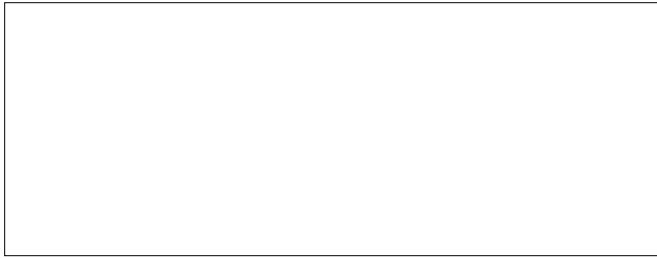
## **La venganza y otros relatos**



# La venganza y otros relatos

ULISES GORINI





## **La venganza y otros relatos**

**ULISES GORINI**



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)  
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina  
+54 221 427 3992 / 427 4898  
edulp.editorial@gmail.com  
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2017  
ISBN N.º 978-987-4127-19-8  
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723  
© 2017 - Edulp  
Impreso en Argentina

# Índice

Prólogo	9
Presentación	13
<b>RELATOS</b>	15
La Venganza (1976)	17
Razones (1977)	27
Una tal Kika (1978)	31
La premonición (1977)	37
Locas (1978)	43
La madre del policía (1979)	51
La información (1979)	57
Sin pecados concebidos (1980)	65
Amigas (1986)	73
Mi lugar en esta historia (2008)	81
Un mismo día (2012)	89
Palabras finales	95





## Prólogo

*Por Dora Barrancos*

Un sentido bastante extendido sostiene que la realidad suele superar a la ficción. Estas narrativas se enhebran sobre las experiencias de algunas Madres de Plaza de Mayo y su confesa ficcionalidad sólo puede poner de relieve el *averno* de la realidad que les tocó vivir. El autor es un mediador sensible, sagaz y de enorme conocimiento acerca del infortunio de esas mujeres porque ha hecho la historia de su gesta con especial rigor y espesura. El intenso trabajo de escucharlas permitió una de las mejores aproximaciones a esa resistencia pasmosa que limó la apariencia inexpugnable del terrorismo de Estado. Pero quedaron numerosas endechas, flotaron tantísimos recuerdos y hasta ensoñaciones que no pudieron caber en la trama que constituyeron *La rebelión de las Madres (1976-1983)* y *La otra lucha (1983-1986)*, los libros que dedicó Ulises Gorini a la historia de la resistencia de las Madres. Había que darles una oportunidad literaria, un desprendimiento de las más austeras reglas historiográficas. Las voces de estas mujeres engarzan circunstancias vividas con situaciones imaginarias, que si no tuvieron plausibilidad empírica fueron auxiliares para su economía psíquica, como la historia en la que dos

madres ejercen una suerte de venganza contra el burócrata represor que solía atenderlas con estudiada displicencia y, ese acto de volcarle un tintero, ensuciándolo, tuvo el efecto de una acomodación anímica algo reparadora. Hay escenas de doliente impregnación como las que revela el relato en que siempre el hijo desaparecido es el que está más cerca y acompaña a la madre, inclusive en el momento de su aliento final. Otra historia de esta saga exhibe el curso de la vida cotidiana en oportunidad del Mundial de Fútbol, diástole del apaciguamiento y sístole por el contacto de las “locas” con periodistas del mundo. Cuando miembros de la familia discuten con ardor las circunstancias de un partido, la madre, transida por las imposibles admoniciones a los suyos, llora frente al retrato de la hija desaparecida. Una de las historias se tensa sobre los posibles diálogos, sostenidos en varios encuentros, con un falso negociador -muchas familias sufrieron a estos depredadores- que extorsiona a la madre sacándole dinero con la promesa de que tendrá noticias fehacientes del hijo desaparecido.

Hay una narrativa que estremece por su inexorable dilema ético y en la que interviene la mediación de un prelado católico. Este se reúne con algunas madres y les solicita la elaboración de una lista, oportunidad para que sus hijos puedan salvarse del exterminio. Siniestra circunstancia que sólo puede sonar a solicitud de abdicación. En esta brevísima alusión a los relatos sobre los que me permito planear, hay una historia enternecedora que nos aproxima a los sentimientos de esos dolientes maternajes. Fue reiterado en nuestra sociedad que se evitara el trato con familiares de las personas secuestradas o abatidas por las fuerzas de seguridad. Uno de los textos se refiere a la madre de un joven chupado de su casa en uno de aquellos operativos escalofrantes de la dictadura y cómo sus vecinos y amigos, de íntimo trato, se apartan por completo después del acontecimiento. El distanciamiento se produce, sobre todo, por parte de la vecina porque los maridos sí han podido reanudar vínculos, para disgusto de nuestra madre. Pero ocurre algo inesperado y es la muerte súbita del hijo de la vecina por ocasión de un partido de fútbol, muchacho de la misma

edad del desaparecido y quienes eran inseparables cuando niños. El desgraciado acontecimiento permite a la protagonista abandonar su resentimiento y reencontrarse con la otra mujer.

Esta última historia, que seguramente tiene aspectos verídicos, permite resituar el régimen de todos los relatos contenidos en este libro originados en voces femeninas, más allá de la interlocución mediada por el autor. La tragedia argentina de la desaparición forzada consigue relieve mayestático con la acción de las Madres y, se intente lo que se quiera en términos hostiles, no hay cómo sostener las tentativas revisionistas. Los sentimientos que bullen en estas páginas ficcionales guardan mucha integridad con marcas de género, como la imposibilidad de detener la búsqueda de hijas e hijos, la irreprimible constancia de denotar la ausencia, la fragua de un cotidiano incapaz de suspender el drama. Las razones sustantivas de esas orientaciones nada deben a la naturaleza sino a las formas culturales que diseñaron la condición femenina y el mandato de la maternidad. Lo valioso fue su notable rebelión justamente en nombre de ésta. Siempre sostendremos que los represores fueron sorprendidos cuando tuvieron que admitir que “las locas” eran potentes retadoras porque creían que la norma de “ser mujeres” las hacía sumisas y que sus deberes se reducían al apego doméstico.

Estos relatos vuelven sobre las monstruosas huellas del pasado dictatorial poniendo en contrapunto lo real y lo imaginado, lo vivido y lo ensoñado. Ninguno de estos términos es absoluto y el autor que ha hilvanado estas “historias” con Madres ha sido eficaz devolviendo su ínsito estado relacional. No se trata de invenciones o de fábulas, sino de conatos que tienen carnadura y que refieren a existencias que pudieron abroquelarse en sueños para no sucumbir a la espantosa realidad.



## Presentación

Mucho se ha dicho y escrito sobre las Madres de Plaza de Mayo; desde las más diversas disciplinas científicas y artísticas; desde los más diversos enfoques y perspectivas ideológicas. Y, seguramente, todavía, por mucho tiempo, se seguirá estudiando, hablando y escribiendo sobre ellas. Porque son una clave de nuestra historia reciente y porque nos han marcado para siempre.

En otros trabajos, abordé desde una perspectiva histórica el largo y complejo recorrido de este movimiento de mujeres<sup>1</sup>. Busqué dar respuesta a los diversos interrogantes y problemas que planteaba y aún plantea su emergencia. ¿Quiénes son las Madres de Plaza de Mayo? ¿Cómo surgieron? ¿A partir de qué experiencias? ¿Qué variables políticas, económicas, sociales, culturales hicieron que, en un determinado momento de nuestra historia, un grupo de mujeres, madres de desaparecidos, constituyeran uno de los movimientos sociales más singulares de la historia argentina? Cuestiones que seguirán repre-

---

1 *La rebelión de las Madres. Historia de las Madres de Plaza de Mayo (1976-1983)*, y *La otra lucha. Historia de las Madres de Plaza de Mayo (1983-1986)*, Buenos Aires, Editorial Norma, 2006 y 2008, respectivamente.

sentando un desafío a historiadores, sociólogos, antropólogos, filólogos, psicólogos, que a su vez brindarán nuevas respuestas. Este libro, en cambio, no pretende ofrecer explicaciones. Aunque su origen se remonta a aquella experiencia investigativa, su aporte busca ser otro.

En efecto, mientras entrevistaba a las Madres que generosamente me abrieron sus casas, sus archivos y sus corazones para reconstruir esa dramática, heroica y maravillosa historia, al tiempo que aparecían las líneas que dibujaban el recorrido colectivo que las llevó a convertirse en un nuevo sujeto político decisivo de nuestro pasado inmediato y de nuestro presente, fui recogiendo otros relatos que, aunque eran parte del camino que tuvieron que recorrer, no siempre cabían en aquella narración más general.

La narración no es, en principio, literatura. Es un recurso expresivo de todo ser humano que, sin embargo, no todos lo desarrollamos por igual. Pero diría que las Madres, todas las Madres, incluso aquellas que parecen más calladas e introvertidas, en determinados momentos y en relación a determinados hechos, se manifiestan como narradoras extraordinarias. Quizás porque sus historias tienen la misma fuerza que las llevó un día a la Plaza y que todavía las mantiene allí.

Estoy seguro de que, de un modo distinto -quizá complementario en relación con la historia más general, o, si se quiere, con la historia en un sentido disciplinar-, estos relatos pueden servir para comprender a estas mujeres más que muchos análisis. Por eso me propuse plasmar esas narraciones en una serie de relatos. Como homenaje a ellas y como obligación para con quienes no tuvieron la oportunidad de escucharlas.

Así, el lector tendrá la posibilidad de acercarse a algunos de los infinitos momentos de dolor, de lucha y, paradójicamente, de felicidad que hicieron a las Madres, y que muchas veces se escapan en los intersticios de la historia. Relatos sobre circunstancias y episodios, frecuentemente de carácter autobiográfico, que por su intensidad quedaron grabados para siempre en mi memoria.

ULISES GORINI

## **RELATOS**

---





## **La Venganza**

**(1976)<sup>2</sup>**

---

<sup>2</sup> Indica el año en el que transcurrieron los hechos narrados.



Lo planeamos todo Chela y yo. Nadie más. Las otras Madres no sabían nada. Muchas no hubiesen estado de acuerdo. Y no podíamos comprometerlas. Pero nosotras a ese oficial se la teníamos jurada. Y ese día fuimos decididas a vengarnos.

En el Ministerio, empezaban a atender temprano, como a las ocho. Yo habré llegado a las diez de la mañana. La idea era que ya hubiera bastante gente, primero, para que fuera más fácil escapar, y, segundo, para que todo el mundo viera lo que íbamos a hacer y no lo pudieran ocultar.

Estaba nerviosa, no lo voy a negar. En la puerta siempre había policías que te revisaban. Te hacían abrir la cartera, miraban. Todavía no existían esos arcos detectores de metales. Y yo, en vez de la cartera, llevaba un bolso, demasiado grande como para ir con eso a hacer trámites, muy llamativo y hasta sospechoso, pero el único tamaño adecuado para dar el golpe. Por suerte, me tocó uno de los policías que ya me conocía de verme tantas veces allí y me dejó pasar sin revisar.

Entré. Como habíamos calculado, la sala de espera estaba repleta. Miré hacia la primera fila de asientos. Allí, tal como lo habíamos decidido, estaba Chela. Ella tenía que cubrirme cuando yo intentara

salir sin que me detuvieran o, en el peor de los casos, avisar a mi marido de lo que me hubiere pasado.

Saqué turno arrancando del talonario dos o tres números. Así, podía elegir el momento de ser atendida, según lo que más conviniera. Me senté atrás de todo, acomodada en un ángulo que me permitiera ver al oficial en su oficina, un cubículo de vidrio transparente al que le decían la pecera. El tipo era el mandamás en esa sección del Ministerio; llevaba esa tirta verde con tres estrellas abrochada en la camisa, sobre el lado izquierdo, que representan el grado de capitán.

El tipo estaba siempre impecable. El uniforme, como si se lo hubiera puesto recién, sin una sola arruga, ni una mancha, nada. El pelo engominado; no se le escapaba ni un mechón. Los zapatos brillosos, como si se los acabara de lustrar. Viste que los militares hacen todo un culto de la prolijidad, pero este se ve que era un obsesivo. Y no sólo en cómo vestía. También en cómo tenía ordenado el escritorio y la manera de actuar.

Recuerdo la primera vez que me atendió. Me preguntó si había estado antes. Le dije que no, que quería hacer un pedido de averiguación de paradero, que mi hija había desaparecido. Él, entonces, me hizo un gesto con la mano para que esperara y no siguiera hablando. Sacó una carpeta de cartulina de un cajón, tomó una pluma del escritorio -una de esas antiguas, que se usan para caligrafía-, la hundió apenas en un tintero de vidrio tallado, muy fino, y me preguntó cómo “se llamaba” mi hija.

-Se llama Odrech -le dije, subrayando el presente. No me gustaba que me hablaran en pasado-Odrech, María Luisa. Pero le decimos Marlies.

Entonces, empezó a escribir el nombre de ella con la pluma. Más bien, lo dibujaba letra por letra. Cada vez que iba a comenzar una, mojaba apenas la punta de la pluma, hacía el dibujo y le pasaba papel secante. Y así. Tenía una caligrafía perfecta. Que no había visto desde que mis maestras en la escuela escribían la fecha en el pizarrón.

Ahora, tal vez, no se pueda entender la emoción que sentí. La conmoción, mejor dicho. Ver el nombre de María Luisa escrito con tanta delicadeza y paciencia. Me parecía algo extraordinario.

Cuando la secuestraron, inmediatamente fuimos con mi marido a hacer la denuncia a una comisaría. Estábamos alterados, angustiados. Cuando nos recibieron y dijimos que queríamos notificar un secuestro, primero nos hicieron esperar como hora y media y, después, nos dijeron que no podían tomar nota del asunto porque, según lo que nosotros decíamos, era un procedimiento del Ejército; allí, sólo labraban actas de delitos y no de procedimientos de las fuerzas de seguridad, que seguramente eran legales. Nosotros nos pusimos como locos e insistimos tanto que, por último, un policía se puso ante una máquina de escribir, mi marido y yo meta hablar y hablar.

Cuando nos dio la declaración para que firmáramos, casi no había puesto nada de lo que habíamos dicho. Solo diez líneas. Le dijimos que queríamos que pusiera todo lo que acabábamos de contar, pero él dijo que no era necesario, que ya nos llamaría un juez para eso. Nosotros, confundidos, firmamos y ni siquiera nos dio una copia. Nos dimos cuenta cuando estábamos por salir y, entonces, mi marido se dio vuelta como para volver y vio como hacía un bollo con el papel y lo tiraba al cesto.

Después de esa clase de experiencias, cuando estuve por primera vez ante este capitán, que se tomaba todo ese trabajo sólo para escribir el nombre de María Luisa, sentí que por fin alguien se ocuparía realmente de mi hija o, por lo menos, me escucharía con la atención que merecía. ¿Te das cuenta?

Y aquella primera vez le conté todo, hasta el último detalle de la vida de mi hija, como si cada cosa que decía fuera decisiva para recuperarla. Le conté el secuestro. Lo que hacía. Que estudiaba, que ya estaba en tercer año de Física, que tenía las mejores notas, que había un profesor que le había dicho que sería una gran física por la manera en que pensaba. Que también trabajaba, que pocas chicas estudiaban y trabajaban al mismo tiempo porque la carrera les exigía mucho. Pero

que ella hacía las dos cosas. ¿Qué tiempo le podía quedar para andar en algo raro? El capitán me escuchaba, no me preguntaba nada, pero anotaba todo lo que decía. No sé si la primera vez o más tarde -porque volví muchas veces- le llevé la libreta universitaria para que viera las notas y la cantidad de materias que aprobaba por año. Una chica que estudiaba así y trabajaba no tenía tiempo para estar metida en nada. A mí eso me parecía tan claro que, cuando ellos lo supieran, se iban a dar cuenta. Iban a entender.

Al final de la primera entrevista, te daba un número de legajo, que ponían también en la carátula de la carpeta, al lado del nombre. Yo todavía recuerdo el mío: 2283. Cuando me lo dijo, sentí como una opresión en el pecho. Dios mío, me dije, ¿hay más de dos mil doscientos chicos desaparecidos?

A todos los familiares nos atendía ese capitán. La gente llegaba, se sentaba frente a él. Empezaban a conversar. Vos te dabas cuenta si iban por primera vez. Porque ni bien comenzaba la entrevista, él tomaba una carpeta y la pluma, dibujaba letra por letra y pasaba el secante. Yo pensaba, uno más, qué horror. Llegué a conocer una madre que tenía el número cuatro mil y pico.

Allí, en el Ministerio, conocí a Chela. La había visto un día dentro de la pecera. Y, otra vez, se sentó al lado mío y me animé a hablarle.

-¿Se acuerda de mí, señora?- le dije.

Chela giró la cabeza como para reconocermé, pero parecía que no me veía. Nos vimos una vez acá, le dije. Ella, entonces, movió la cabeza como diciendo que entendía.

-¿Usted busca a su hijo, no?- le pregunté.

Ella abrió la cartera que tenía sobre la falda, sacó una foto y me la mostró.

-Mario José Ramírez - me dijo-. Veintidós años. Estudiante.

Era una foto de carnet, de documento. Todas hacíamos lo mismo, llevábamos una foto para mostrársela a quien fuera, a quien quisiera escucharnos y también a ellos, a los milicos. Pero ellos sabían muy bien quiénes eran nuestros hijos, ellos los tenían.

Y entonces, como para no creer, ¿qué me cuenta Chela ese primer día que hablamos? Que ella tenía muchas esperanzas en el capitán. Que lo sintió así desde el primer momento en que lo vio. Cuando el tipo tomó la pluma y escribió con tanta paciencia el nombre de su hijo. Qué increíble. Lo mismo que había sentido yo. Lo mismo que todas, tal vez.

Al principio, por esa confianza que nos despertaba el oficial, una le contaba todo. Le daba toda la información de lo que había hecho, de lo que había averiguado. Vaya a saber para qué usaban después esa información. Llegué a imaginar que podían utilizarla para interrogar a mi hija o que le daban una paliza diciendo que era por culpa de su madre, que estaba haciendo escándalos. No sé, vaya a saber. Una de las cosas de las que más me arrepiento es las veces que me puse a llorar frente a ese tipo. Me partía en llanto en medio de mi relato.

El caradura, una vez, me tomó de la mano para consolarme y me dijo, tuvo el tupé de decirme, algo así como que si mi hija me viera cómo estaba en ese momento se arrepentiría de lo que había hecho. No entendí enseguida lo que me había querido decir. Lo tomé como un gesto de afecto, como que me quería consolar. Después me di cuenta. Qué sinvergüenza. Me estaba diciendo que mi hija era culpable, que tenía que arrepentirse. Así que él, que en cada entrevista me decía y repetía que no sabía nada de mi hija, que no tenía pedido de captura, que la policía no la tenía, que el ejército no la tenía, que nadie la tenía, él sí sabía que tenía algo de qué arrepentirse.

Un hijo de puta. Me juré que nunca más iba a llorar delante de él.

Y todavía, seguramente, habría madres que creerían que ese hijo de puta las iba a ayudar al ver cómo escribía los nombres de sus hijos con su pluma, su tintero y su secante. Todavía, vendrían allí con esperanzas y cada vez saldrían más destrozadas cuando él les dijera que no, que no sabía nada, que nadie los buscaba...

Pero yo todavía no me había dado cuenta de lo hijo de puta que era. Había empezado a desconfiar, pero necesitaba una prueba más. Y la tuve.

-¿No fue a ninguna embajada?- me preguntó una vez.

Yo, ingenua y, al mismo tiempo, con cola de paja porque había estado en la embajada de Estados Unidos para contar el caso junto con otros familiares, no quise revelar nada. Los milicos siempre nos advertían que no teníamos que hablar con periodistas ni con nadie, y menos si eran extranjeros porque había una campaña contra el país, y esas cosas. Lo de los extranjeros los ponía furiosos. Entonces, yo dije que no.

-Pero cómo, no- me dice el capitán.

Yo lo miré asombrada.

-Tendría que preguntar en la embajada de México o en la de Cuba -continuó-. Allí van muchos terroristas. Viven allí, escapando de la justicia, pero no dicen nada para que después se diga que están desaparecidos y ayudar a la campaña anti-argentina.

Aquella vez, no tardé en darme cuenta. Me agarró una indignación... Juré vengarme. Sí, me iba a vengar. No sabía cómo. Pero ese día tomé la decisión.

Lo hablé solo con Chela. Nunca le dije nada a mi marido porque él no me hubiera dejado hacer nada. Pero con Chela nos habíamos ido haciendo amigas y juntas nos fuimos dando cuenta de que el tipo se había burlado siempre de nosotras. De todos, desde el principio, desde que agarraba esas carpetas y empezaba a escribir para exhibirnos su caligrafía.

Y un día, que Chela y yo estábamos en la sala de espera, se nos ocurrió algo. Fue como un chispazo.

Y elegimos ese día de febrero o marzo, ya no me acuerdo.

Esperando a que me llamaran, me puse a hablar con la mujer de al lado. La pobre era la primera vez que iba. No sé por qué, cosa estúpida, cuando le tocó el turno y se levantó de la silla para ir hasta la pecera, le deseé suerte. Quizá la palabra se me ocurrió porque yo sí iba a necesitar suerte. Mucha suerte.

No tenía miedo. A lo sumo, lo que me preocupaba, y eso sí me preocupaba, era no errar. Repasaba mentalmente cómo me levantaría



de la silla, el movimiento que tenía que hacer con el bolso, la mirada que le clavaría al capitán en el momento de dar el golpe...

Me tocó el turno. Ahí sentí que se me aceleraba el corazón. Pero no de miedo. No, ¿qué miedo, qué me podía pasar peor que a mi hija?

Fui derecho a su despacho. Me senté, seria, sin saludarlo. Me conocía de memoria, pero me preguntó el número de mi hija. Buscó la carpeta. Miré el tintero, la pluma, el secante. Tuve la tentación de saber por qué número iba. Pero no le pregunté. Le dije que había venido a dejarle algo. El capitán me miró como esperando, pero yo no hacía ni decía nada.

-¿Tiene alguna novedad?- me preguntó.

-No, ¿y usted?-, le respondí, seca, sin ironía.

El capitán alzó las manos apoyadas en el escritorio, como si se rindiera impotente ante lo incomprensible, dijo que era increíble, que había montones de casos como el mío sin un solo dato, nada de nada.

-Es como si los hubiese tragado la tierra- dijo.

Usó esa expresión. Iba a contestarle, pero me agarró tal bronca escuchar eso que me dije que no valía la pena. Me puse de pie, lo miré a los ojos. Quería decirle con mis ojos todo lo que lo odiaba, a él y a todos los milicos. Pero se me hizo un nudo en la garganta.

Entonces, hice el movimiento que había ensayado tantas veces en casa. Tomé el bolso con fuerza, lo hice volar sobre el escritorio y le di un golpe preciso, limpio, seco, al tintero tallado. La tinta corrió veloz sobre la fórmica levemente inclinada hacia el lado del capitán y cayó sobre su uniforme.

El tipo pegó un salto de la silla y empezó a gritar “mierda, mierda”, pero yo ya había salido de la pecera sin mirar para atrás.

-¡Agarren a esa vieja de mierda!- escuché que decía mientras yo atravesaba la sala de espera seguida de Chela.

No sé cómo no nos detuvieron. No pudimos ver la mancha creciendo sobre la camisa y el pantalón del capitán. Pero Chela y yo salimos, tomadas del brazo, ¡felices, felices!



**Razones**

**(1977)**



-Ada- llamó José.

Ella abrió la puerta y se detuvo. No respondió, pero se dio vuelta para mirarlo.

-¿Adónde vas?

-Salgo.

-Hace más de un año que lo buscás. ¿Te das cuenta?

-Sí. Eso significa que tengo que seguir.



## **Una tal Kika<sup>3</sup>**

**(1978)**

---

<sup>3</sup> “Una tal Kika” está inspirado en diversos testimonios de Hebe de Bonafini, entre ellos, el del libro autobiográfico “Historia de vida”, redactado por Matilde Sánchez, aunque no necesariamente son verídicos todos los detalles.





-No vuelvas tarde, Kika- le dijo Toto.

Hebe le contestó que no se preocupara y observó con ternura a su marido. Él la seguía llamando Kika, como la habían llamado siempre en la familia y en el barrio. Pero ella ya no era ella y aquel apodo, que le había puesto su padre, pertenecía a una vida anterior. No podía presentarse ante un juez, firmar hábeas corpus, solicitadas o cartas con un apodo. Desde hacía casi un año, era Hebe, como figuraba en su partida de nacimiento. Como la empezaba a conocer todo el mundo, desde la desaparición de su hijo.

-¿A qué hora volvés?- preguntó él.

Ella no lo sabía, pero le dijo que en una o dos horas. Toto hizo un gesto negativo con la cabeza y se metió en la cocina; sospechaba, se daba cuenta cuando ella no le decía la verdad. Las actividades de las Madres, por lo general, se hacían de día. Pero el hombre al que iba a ver era el que había impuesto la hora. Y no era cosa de discutir, había costado mucho que aceptara la entrevista.

Ella lo entendía. No era al primer salido de un campo de concentración que veían. Los que lograban salir del infierno no podían más que estar aterrorizados. A los pocos que liberaban, les advertían que no podían hablar con nadie sobre lo que habían pasado porque ellos

se enterarían de todo lo que hicieran y dijeran y, entonces, los irían a buscar de nuevo.

Daba miedo. Pero ella, como todas las Madres, tenía que insistir. Convencerlo de que no correría riesgos. Que ellas no dirían nada a nadie. Que solo querían saber. Sí, sólo se conformaba con saber si estaba vivo o muerto.

Finalmente, el hombre había aceptado verse con ella y con otras dos madres en un café del centro. A las ocho de la noche.

Hebe llegó al lugar de la cita pensando que sería la primera porque la ansiedad la carcomía y, además, para que Toto no le dijera que salía casi a la hora de la cena. Pero allí estaban las otras dos madres, Angelita y Elvira. Nadie más, claro. Porque eran las ocho menos cuarto.

A las ocho y veinte, las Madres se miraron desesperanzadas. El hombre no había llegado. ¿Se habría arrepentido a último momento o quizás les había dado la cita para sacárselas de encima? Aunque no tenía la apariencia de ser un tipo tan desaprensivo... Charlaban sobre qué hacer, cuando el hombre apareció en la puerta. Las identificó enseguida y, luego de echar una mirada al interior del bar, como para cerciorarse de que todo estaba en orden, se acercó a la mesa y se sentó diciendo apenas buenas noches.

Empezó a hablar sin que tuvieran que preguntarle. Contó cuándo y cómo lo habían secuestrado. La capucha que le pusieron en la cabeza y cómo lo tiraron dentro del baúl del coche. Que estuvo dando vueltas como una hora hasta que lo bajaron en un lugar que no tenía ni nunca tuvo idea de dónde era. Que inmediatamente lo habían interrogado y torturado. Que perdió la noción del tiempo. Que lo habrán torturado tres o cuatro días seguidos. Que no tenía nada para decir porque no sabía nada. Que era un perejil, le decían y él decía que sí, que él no estaba en nada. Y habrá sido que comprobaron que decía la verdad porque, al final, después de dos semanas lo largaron.

-¿Y estabas con otros detenidos?- preguntó Angelita.

Sin mirarla, el hombre dijo que sí. Que había mucha gente en el lugar adonde lo llevaron. Que al principio no veía quiénes eran por-

que estaba encapuchado, pero que después de unos días se animó a correrse la capucha y mirar. Estaba en una celda con seis o siete más. La cantidad cambiaba porque de golpe se llevaban a uno que no volvía y traían a otros dos. Pero no sabía nombres. Le habían dado un número a cada uno y los carceleros los llamaban por ese número. Ellos tenían prohibido dar nombres. Sólo había conocido el de uno que se animó a hablar porque decía que él seguro era boleta y que no le importaba. Pero sólo había dicho que se llamaba Ricardo. Nada más. No se acordaba si le había dicho el apellido. Y, después, nada más. Ni siquiera un apodo.

Las Madres le preguntaron si no había reconocido a nadie o si por lo menos recordaba el rasgo de algunos.

No, reconocer, a nadie. Porque, como les decía, él no era de ninguna organización, no estaba en nada y era lógico que no se encontrara con nadie conocido. Pero sí podía describir a algunos.

El hombre parecía cansado y con ganas de irse. En realidad, ya hacía casi una hora que estaban en ese bar, pasadas las nueve de la noche y miraba para todas partes como temiendo que en cualquier momento pasara algo.

Pero las Madres no querían que se fuera todavía. Necesitaban saber más. El hombre accedió a describir a algunos de los que había visto en la celda o en el baño, cuando en dos oportunidades los hicieron bañar bajo el chorro de una manguera con agua fría que sostenía uno de los carceleros.

El hombre describió a dos o tres y de pronto dijo que había un muchacho morocho, es decir, de pelo oscuro, aunque de tez muy blanca. Alto, más alto que él, que tenía la cara desfigurada y moretones por todo el cuerpo. Estaba destrozado. Prácticamente no se podía levantar. Lo habían reventado en la tortura, pero estaba consciente y hablaba mucho de su madre y de su hermanita. El muchacho había nombrado repetidamente a su madre, pero él no recordaba ese nombre. Solo recordaba que decía que su madre movería cielo y tierra para encontrarlo. Que era capaz de voltear esa pared para sacarlo de ahí.

Hebe, de pronto, se puso en alerta. ¿Jorge? ¿No sería demasiada casualidad, justo Jorge? ¿No sería demasiada suerte que justo ella, entre tantas madres, pudiera saber algo de su hijo? ¡Suerte! Qué palabra, qué locura. Ella quería y no quería que ese muchacho fuera su hijo. Quería: sabría algo, que todavía estaba vivo o lo había estado hasta hacía poco. Sabría que no lo habían borrado del mapa, que no se lo había llevado un huracán y suprimido todas sus huellas. Pero no quería: no quería que fuera Jorge el muchacho “reventado por la tortura”, que no podía ni levantarse, que a veces se ponía a llorar. Se armó de coraje y le preguntó al hombre si recordaba algo más, el color de los ojos, alguna otra señal particular.

El hombre negaba en silencio. No, nada más.  
-¿Y el nombre de la madre? ¿Qué nombre decía?

No, no recordaba. Es que en ese momento él no había pensado que sería necesario retener ese dato en la memoria. Parecía más desilusionado que ella por no recordar.

Ella, sin embargo, insistió. Si al menos hubiera retenido el nombre de la madre que decía aquel muchacho...Cuando este hombre se levantara de su silla y se fuera, para hundirse en la oscuridad de donde había venido, otra vez se desvanecería la esperanza de saber algo, perdería, tal vez para siempre, esa mínima posibilidad de atravesar el muro que ocultaba aquel infierno que había devorado a su hijo.

Pero el hombre ya tenía que irse.

Y por más que le preguntaran una y mil veces, él no recordaba nada más. Ni una señal particular más, ni el nombre de la madre de aquel muchacho, ni nada de nada.

¿Habría visto aquel hombre su cara de desesperanza? Estaban a punto de despedirse cuando el hombre le preguntó a ella su nombre.  
-Hebe- contestó.

El hombre movió negativamente la cabeza y frunció los ojos. Y, de repente, se le iluminó la cara.

-Ya me acuerdo -exclamó-. El muchacho nombraba a una tal Kika.

**La premonición**

**(1977)**



A lo mejor, estaba soñando. Sí, sería eso. Como aquella vez que soñó que una mujer le arrancaba a Oscarcito de los brazos y ella le tiraba una trompada que, en realidad, dio contra el respaldo de la cama, que hizo despertar asustado a Raúl, su marido, y a ella le dejó un terrible dolor en la mano. Raúl, entonces, la miró entre adormecido y sonriente; le pasó su mano por el cabello y dijo con dulzura que hacía mal pelearse de madrugada. Sí, a lo mejor soñaba.

Fue siempre una obsesión. Como aquella vez que no encontró a Oscarcito a la salida de la escuela. Esperaba como de costumbre en la esquina, al final del corredor que hacían las maestras contra la pared y por donde de uno en uno venían los chicos. Sabía el momento en que Oscarcito aparecería. Primero salían los más pequeños, después los más grandes. Su hijo, que por entonces estaba en quinto grado, venía entre los últimos de su clase porque era el más alto y formaba fila atrás. Rara vez se atrasaba, o porque había olvidado algo en el aula y tenía que volver a recogerlo, o porque lo habían castigado y obligado a quedarse hasta que todos hubiesen salido. Al final, cuando Inés ya empezaba a inquietarse, Oscarcito aparecía más sonriente que nunca, como para aflojar a su madre y disculparse de antemano. Pero una vez no salió. Las maestras deshacían la hilera y regresaban a la escue-

la. El portero se paraba en la puerta mirando a ambos lados y varias veces hacia adentro para asegurarse de que no faltara salir a ninguno. Entornaba, después, una hoja de la enorme puerta de rejas; la otra la dejaba abierta esperando que se fuera hasta el último maestro. Aquella vez, Inés se preocupó, pero decidió esperar un minuto más. El minuto pasó, esperó otro que también pasó y ya no se contuvo.

Caminó hasta la puerta. Se detuvo un instante. Vio el patio de la escuela vacío. José, el portero, asomó con un escobillón y la miró inexpresivo mientras barría. “¿No vio a Oscarcito?”, preguntó nerviosa Inés. “¿Oscarcito qué?”, preguntó José sin dejar de hacer lo que hacía. “Acuña”, dijo Inés. “Oscarcito Acuña. Ya habrá salido”, contestó el portero. Inés miró preocupada a su alrededor. Buscó con la mirada al maestro de Oscarcito. Pasó una maestra con el guardapolvo doblado sobre el brazo y le dijo: “El maestro Bidaurre, ¿dónde puedo encontrarlo?”. “Creo que ya se fue”, respondió la maestra y siguió de largo.

Entonces Inés fue hasta la oficina del director y llamó. No contestó nadie. La abrió ella misma de golpe y se encontró con la mirada sorprendida del director. “¿Dónde está mi hijo?”, casi grita Inés. El director dudó unos segundos y enseguida sonrió comprensivo. El alumno Acuña se había ido con el maestro Bidaurre y otros chicos de su grado a hinchar por el equipo de la escuela. Había salido una hora antes hacia la cancha de la calle San Martín. No tenía por qué preocuparse.

Primero, Inés casi agarra del cuello al director. Cómo le daban ese susto. ¿No era ella la madre? ¿No tenían la obligación de avisarle?, gritó alterada. Pero no esperó la respuesta. Salió con rumbo a la cancha: también iba a decirle algunas cosas al maestro.

Lo vio a Oscarcito saltando alrededor de la línea de juego. Estaba de espaldas a ella. Lo agarró fuerte de un brazo y lo llevó a donde estaba el maestro Bidaurre, con pantalones cortos, dirigiendo el partido. ¿Cómo se llevaba a su hijo sin avisarle? Oscarcito estaba avergonzado. Miraba al maestro y de reojo a sus compañeros. Trataba de calmar a su madre. Se echaba la culpa de haber ido. “El chico quiso”,



se defendió Bidaurre, sin parar el juego, “dijo que usted ya sabía”. Pero cómo iba a saber Inés, si nadie le advirtió. Volvió a su casa sin decir más nada y sin soltar a Oscarcito del brazo. Al chico le dolía un poco, pero no era momento para quejarse.

Otra vez, Inés sí paró el partido. Oscarcito ya era adolescente y jugaba al básquet en la segunda de Independiente. Era un partido no profesional, pero importante. Inés fue al club con su marido. Raúl y ella estaban muy orgullosos y mucho más cuando escucharon a otro padre comentar que Acuña y su hijo iban a salvar el honor del equipo por la derrota anterior. Inés vio cerca a una chica que le gustaba a Oscar. Estaba muy linda, quizás con su mejor vestido. Era sábado a la tarde, jugaban Independiente y Talleres. Se jugaba fuerte y había cierta tensión. Hubo varias faltas graves y algunos insultos. A Inés no le gustó eso, pero su marido se reía un poco y mucho más cuando la falta la hacían los de Independiente. En un momento, Oscarcito recibió un pase en el lateral izquierdo, picó con el balón y se acercó rápidamente al aro. Iba a saltar cuando un brazo le trabó el impulso y un puño le pegó en la mandíbula. Lo tiró al piso. Varios jugadores corrieron furiosos al lugar. El árbitro casi pierde el control del partido, pero dejó continuar el juego cuando otro hombre de Independiente tomó la pelota y estuvo a punto de marcar un tanto. Inés no vio todo eso. Oscarcito seguía en el piso y un hilo de sangre le caía del labio. Inés saltó la valla y apareció en medio de la cancha gritando. No veía ni escuchaba a la gente que se reía de ella ni a su marido que, al verla en medio del partido, la llamaba casi a los gritos. Se acercaba a Oscarcito y miraba hacia todos lados como si buscara al que lo había golpeado. El árbitro intentó sacarla del medio, pero no pudo. Tuvo que parar el juego. Oscar le dijo que era una loca y hasta Raúl parecía enojado.

Pero, ¿y esto, ahora? ¿Qué estaba pasando? ¿Era un sueño, una pesadilla, un error? Eran las tres de la madrugada y no estaba soñando. Sentada sobre la cama todavía caliente de su hijo, con el camisón totalmente desarreglado, miraba la pared de la pieza donde colgaban

banderines del club. Un afiche del Che había sido arrancado por la mitad. La biblioteca estaba caída, los libros rotos y desparramados por el piso. Todo estaba revuelto. Su marido decía en el comedor que el teléfono no andaba. “Lo rompieron estos hijos de puta”, decía.

Oscarcito, Oscar. Se lo habían llevado. Se lo habían arrancado a Inés de sus manos. Lo arrastraron casi desnudo; ella había retrocedido para buscarle un pulóver y uno de los que se lo llevaba le dijo que su hijo no lo iba a necesitar, pero que a él le vendría bien.

Inés estaba desconcertada. Sabía que a un par de amigos de Oscar se los habían llevado de la misma forma y ahora estaban detenidos o desaparecidos. O algo así. Seguía sentada en la cama, aturdida como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Su marido entró en la habitación desencajado. Parecía que se iba a desmayar. Tenía los ojos colorados. Estaba en calzoncillos. Lo vio viejo y cansado.

Esta vez, Inés tenía que disimular sus nervios. Contuvo el grito que pudo haber hecho estallar las paredes. Se levantó, puso una mano sobre el pecho de su marido, le hizo una caricia, se vistió y salió a la calle.

**Locas**

**(1978)**



Marta abrió el cajón de la mesa de luz, sacó el pañuelo blanco con el nombre de Cecilia recién bordado y lo guardó en la cartera. Caminó dos o tres pasos hacia la puerta de la habitación y se detuvo. Desde el comedor, llegaban las voces de los chicos y el sonido del televisor a todo volumen. “En pocos minutos más, comenzará la fiesta. El Mundial de Fútbol 1978. La gran fiesta del deporte más popular del planeta. Todas las miradas del mundo convergen sobre nuestro país. Tenemos, entonces, la oportunidad de mostrar cómo somos los argentinos. Nuestra capacidad de trabajo. Nuestra vocación pacífica. Más allá de campañas de difamación y de boicots”.

-Marcos- llamó Marta-, Santi.

Sus hijos no respondieron.

“Desde el Monumental, el magnífico Estadio de River Plate -continuaba el comentarista-, transmitiremos la magnífica fiesta inaugural. Decenas de gimnastas, en una demostración de destreza y habilidad. El preámbulo. Y después, Alemania-Polonia, el primer partido...”

Marta retrocedió y se sentó en la cama, con la cartera sobre las piernas. Miraba sin ver los frascos sobre el tocador. Y ahí estaban, también, los portarretratos. La foto de los cinco en Mar del Plata. Ce-

cilia, ya con 15. Marcos, 13; Santi, 12. Emilio y ella. Cuando estaban todos. Hacía cinco años solamente, pero en otra vida.

Estuvo así quizás unos dos o tres minutos. Después, sobresaltada, como si despertara de una pesadilla, miró el reloj.

Las tres y diez. Si no se apuraba, llegaría tarde.

Se puso de pie. Se observó en el espejo y se arregló el pelo con la mano. Salió de la habitación y volvió a detenerse en el pasillo. Miró hacia el comedor, “Polonia es una bosta”, decía Marcos. “Los polacos no tienen nada, ni suerte. Mirá que tener que jugar el primer partido con Alemania”, agregaba Santi.

-Marcos, Santi- dijo, tratando de que su voz sonara más fuerte.

El volumen del televisor bajó.

-¿Mamá?- preguntó Santi.

-Sí, Santi- dijo Marta desde el pasillo-. Me voy, chicos. A la plaza.

Hubo un silencio.

-Bueno- contestó Santi. ¿Necesitás algo?

-No, nada.

-Cuidate- pidió Santi.

-Chau, mamá- dijo Marcos.

-Chau, chicos.

-Mamá...-vaciló Santi.

-¿Qué?

-En un rato vienen unos amigos...

Marta tardó unos segundos en contestar.

-Bueno- dijo. Hasta luego.

El volumen del televisor volvió a subir.

Marta bajó por el ascensor y salió a la puerta. Se paró sobre la vereda, cerca del cordón, y buscó un taxi. No venía ninguno. Ni autos particulares. Empezó a caminar hacia Callao. Sobre la avenida, tendría más posibilidades.

Cuando llegó a la esquina de Juncal, vio un taxi. Venía a toda velocidad por el centro de la calzada. Ella llegó a hacerle una seña y el conductor paró unos metros más adelante.

Marta dio unos pasos rápidos y abrió la puerta. El taxista se inclinó hacia el asiento trasero y, antes de que ella subiera, le preguntó adónde iba.

-Hasta la Catedral- contestó. Decir Plaza de Mayo podía llamar la atención.

El taxista pareció calcular algo y después dijo “bueno, suba” en tono condescendiente.

-Gracias- contestó Marta.

Se sentó y acomodó la cartera sobre las piernas, sosteniéndola con las dos manos.

El coche arrancó, tomó por Juncal y dobló por Rodríguez Peña.

-Yo nunca rechazo un viaje- dijo el taxista-. Esto es un servicio público. Pero quería llegar temprano a casa para ver el partido. Además, no hay trabajo.

En el parabrisas tenía estampada una calcomanía con El Gauchito, el símbolo del Mundial.

-Claro- dijo Marta mirando a través de la ventanilla.

El taxista la observó por el espejo retrovisor.

-Pero la Catedral debe estar cerrada, ¿no?

La pregunta la sorprendió. Marta contestó que no sabía y, enseguida, agregó que ella iba a encontrarse con una amiga, en las escalinatas.

Las calles estaban totalmente vacías. Nunca había visto tantas banderas argentinas colgando de los balcones. Ni para el 25 de mayo.

“Debemos estar locas de veras”, pensó. “No va a haber nadie en la Plaza. Ni Madres van a venir. O vamos a ser muy pocas. Y nadie nos va a ver. Y después nadie se va a enterar de que estuvimos ahí”.

El taxi iba muy rápido y se detuvo bruscamente frente a un semáforo. Marta se inclinó fuerte hacia adelante por la frenada. Miró al chofer por el espejito, pero el hombre ni la miró ni le pidió disculpas.

Arrancó de nuevo. Iba por Santa Fe y Marta sólo vio gente dentro de un bar. Estaba repleto, le llamó la atención por el contraste con las veredas vacías.

Miró el reloj pulsera. Faltaban cinco minutos para las tres y media. Iba a llegar un poco tarde. Se sintió mal con ella misma por eso. Pero ya veía la Plaza. Había gente.

-¿Aquí está bien?- preguntó el taxista al llegar a la esquina de Diagonal y San Martín.

Marta le dijo que sí y le alcanzó un billete de quinientos. El hombre le dio el vuelto y ella bajó sin saludar. Tampoco él dijo nada; esperó que ella cerrara la puerta y arrancó bruscamente.

Había muchas Madres. Desde la escalinata de la Catedral, distinguió primero a Coca y después a Nora, también a Elena y Hebe. Pero lo que más la sorprendió era la cantidad de periodistas con cámaras fotográficas y de televisión. Eran casi tantos como las Madres. Debían ser todos extranjeros. Tenían aspecto europeo, quizás alguno norteamericano.

A Marta se le aceleró el corazón. Casi siempre le pasaba eso cuando estaba por entrar a la Plaza. Cruzó la calle apurando el paso, sus compañeras le iban a reprochar que llegara tarde. Se puso el pañuelo sobre la cabeza y vio, entre la aglomeración de periodistas, que Coca le hacía señas para que se acercara.

Marta caminó hasta allí. Enseguida Coca quiso tomarla del brazo y ella se acomodó la cartera del otro lado.

-¿Viste lo que es esto?- le dijo Coca, exaltada.

Marta asintió en silencio.

-No lo esperábamos. Parece que la televisión holandesa, en vez de pasar la fiesta de inauguración, está pasando nuestra ronda.

Caminaban con energía. Más firmes y erguidas que otros días.

Un periodista se acercó a Porota y Jacinta, que caminaban delante de ella y, con marcado acento extranjero, les preguntó qué sabían de sus hijos.

-Nada, absolutamente nada- contestó Porota.

-Nadie nos dice qué pasó- agregó Jacinta-. No sabemos nada. Por qué se los llevaron. Si están vivos o muertos...

Otras madres rodearon a Porota y Jacinta.



El periodista preguntó si habían sido detenidos por el gobierno militar. Varias al mismo tiempo, empezaron a decir que sí, que estaban seguras. Otra agregó que, si no había sido el gobierno, por lo menos era responsabilidad del gobierno decirles dónde estaban sus hijos.

-Pero quieren tappar todo con el Mundial- gritó Coca, que seguía agarrada de su brazo.

La ronda terminó poco después. Todas parecían muy excitadas o nerviosas. Marta saludó a Coca, a Beba y a Rosario con un beso. Rosario tenía la mejilla húmeda, seguramente había llorado. A las demás las despidió con un movimiento de mano y una mirada.

Marta volvió caminando. Estaba algo cansada, más por las emociones que por la caminata en torno a la Pirámide. Sentía una alegría extraña y quería disfrutar de esa sensación. Se había equivocado al decirse que estaban locas por haber decidido ir allí ese día. Había sido un éxito. Con todos esos periodistas extranjeros, el mundo entero sabría, conocería sus historias.

Qué raro eso de sentir alegría en medio de tanto dolor.

Llegó a su casa casi una hora después. Ni bien bajó del ascensor, escuchó a través de la puerta el sonido del televisor, las voces y los gritos de los chicos. El partido ya habría comenzado.

Nadie pareció escuchar que ella había entrado. Tuvo la intención de ir hasta el comedor, pedirles a sus hijos que bajaran el volumen y que no gritaran tanto. Fue por el pasillo y se detuvo unos pasos antes de llegar al comedor. Vio, de perfil, la cara concentrada de Santi y escuchó que Marcos le decía a un compañero que no se podía subestimar a nadie en un Mundial.

-Polacos de mierda- dijo una voz que ella no conocía.

-¿Qué?- preguntó otro, quizás Ricardo, el amigo de Santi. -¿Preferís que ganen los alemanes?

Marta se dio vuelta y caminó hasta su habitación. Entró y cerró la puerta. Apoyó la cartera sobre la cama, tomó el pañuelo que había llevado puesto en la Plaza, lo desplegó, lo volvió a doblar prolijamente y lo guardó en la mesita de luz.

Desde el comedor, llegó una especie de exclamación apagada. Caminó hasta la puerta, pero se volvió a detener. Se dio media vuelta. Miró las fotos de su Cecilia sobre el tocador. La de su esposo muerto. Dio dos o tres pasos y se sentó en la cama. Se inclinó sobre sus piernas y lloró.

**La madre del policía**

**(1979)**



- Apellido.
- Pargament.
- ¿Usted no es Meller de Pargament?
- Meller es mi apellido de soltera.
- Entonces es Meller de Pargament. ¿Por qué se hace llamar solamente Pargament?
- Ya le dije: porque es el apellido de mi marido. Y así me identifican con mi hijo.
- ¿Nombre?
- ¿Usted no lo sabe?
- Esto es una declaración, señora. Me lo tiene que decir usted.
- Juana.
- Edad.
- 63
- ¿Estado civil?
- ¿Y a usted qué le parece?
- Estado civil.
- Casada.
- ¿Ocupación?
- Jubilada.

-¿Puede explicarme qué hacía hoy en la Plaza de Mayo a las tres y media de la tarde?

-Buscar a mi hijo.

-Señora, a su hijo no lo va a encontrar en la Plaza.

-¿Por qué no? ¿Usted sabe dónde está?

-Usted estaba con otras mujeres haciendo una manifestación. Y eso está prohibido.

-No, no. Yo estaba buscando a mi hijo. Y sí, también había otras mujeres buscando a sus hijos.

-...haciendo una manifestación...

-Parece una manifestación porque cada vez somos más. Todas buscamos a nuestros hijos.

-Está prohibido. ¿Lo sabe?

-Se equivoca. Nadie en su sano juicio puede prohibir a una madre que busque a su hijo.

-Está prohibida cualquier reunión en la vía pública de más de tres personas.

-Ah, pero no estábamos reunidas. Nosotras no hacemos reuniones. Sólo buscamos a nuestros hijos.

-¿Es consciente de que más de tres personas reunidas en la vía pública constituye una violación a la ley?

-Si usted lo dice...

-Usted fue detenida y está aquí por haber violado una disposición derivada del Estado de sitio.

-Ah, no, no. Yo no violé nada.

-Sí, señora.

-Es su palabra contra la mía.

-No, señora. Es la ley.

-¿Qué ley puede prohibir a una madre buscar a su hijo?

-Eran más de cien mujeres. Aquí están detenidas por lo menos veinte.

-Mis compañeras.

-¿No tiene nada para decir?

-Pregunte.  
-¿Quién las convoca?  
-Nadie.  
-¿Es una coincidencia que estén todas esas mujeres, entre ellas usted misma, todos los jueves, a la misma hora y en el mismo lugar?  
-Debe ser.  
-¿Usted se cree que somos tontos? Dígame ya: ¿quién las convoca?  
No se va a ir de acá hasta que hable.  
-No es que no se lo quiera decir. Pero no nos convoca nadie.  
-Veo que no entiende. Que no quiere entender. Lo que hace con sus compañeras es muy grave y tiene consecuencias.  
-Ojalá.  
-Si se burla, la mando ya a la celda, con sus compañeras, como usted las llama. ¿De dónde se conocen?  
-De aquí, de la Plaza.  
-Y nadie las convoca.  
-Ay, qué cabeza dura. No, nadie.  
-Parece que no entiende su situación.  
-No se ofenda, pero el que no entiende me parece que es usted. Y eso que le explico.  
-Usted miente. Detrás de ustedes, están los terroristas. Ellos les dan las instrucciones. Ellos les dicen que vengan aquí, a pesar del Estado de sitio... Y a ellos ni les importa que ustedes sean detenidas y encarceladas.  
-No, no. No, entiende.  
-¿Qué tengo que entender? ¿Que nadie las citó? ¿Que nadie les dijo que fueran a la Plaza?  
-Mire, jovencito. A ver si me entiende. Si usted hoy desaparece, como mi hijo...  
-¡No me compare con su hijo!  
-Bueno, no lo comparo. Pero escuche. Si usted hoy desaparece, esté seguro que mañana, sin que nadie la convoque, su madre estará con nosotras en la Plaza.





**La información**

**(1979)**



## I

-Le aclaro algo- dijo el hombre, mirándola fijo a los ojos-. La escuchó sólo porque me lo pidió Rosita.

Elena le sostuvo la mirada, pero no habló.

-Yo no estoy de acuerdo con los métodos que se están aplicando, pero me arriesgo mucho encontrándome con usted. Pongo en juego mi vida.

-Ya sé- dijo Elena, tímidamente.

-Rosita es como una hermana para mí.

-Me dijo que se conocen desde la escuela...

-Sí- dijo el hombre y sonrió.

-Yo no quiero comprometerlo. Sólo quiero información.

-¿Y qué va a hacer después?

-¿Después?

-Usted no puede usar esa información. No le va a servir de nada.

-Yo no voy a hacer nada con lo que me diga. Sólo quiero saber si está vivo, si lo mataron.

-Voy a necesitar dinero.

-Está bien.

-Pero Rosita no se tiene que enterar de esto. Nadie se tiene que enterar. Estos tipos están dispuestos a deshacerse de cualquiera, sean

subversivos o no. Incluso de mí, no importa que yo sea militar. Es un orden muy estricto.

-Usted dígame cuánto, nada más. No se va a enterar nadie. Lo único que me importa es saber algo de él. Se lo juro.

-Tengo que ver. Tampoco estoy seguro de que pueda hacer nada. Todo se hace muy en secreto. La llamo yo, en una semana o dos. Vaya preparando algo de dinero.

-¿Cuánto?

-No sé cuánto me van a pedir. No sé, por ahora dos mil.

-¿Tanto?- dijo ella-. No, no dije nada. Está bien. Entiendo.

-La llamo, entonces.

## II

-¿Pudo averiguar algo?

-Por teléfono, no- dijo él-. La veo en el mismo bar que la primera vez. ¿Se acuerda?

-Sí, claro...

-¿Qué pasa?

-No, nada.

-¿Consiguió el dinero?

-En unos días, tengo todo.

-¿Cuántos días?

-La semana que viene, creo.

-Entonces, nos vemos cuando tenga todo.

-No, no por favor. Dígame algo. Por lo menos si está vivo...

-La llamo el martes... Sí, está vivo.

### III

-No me lo dé acá. Antes de irse, entre al baño de hombres y déjelo en el primer compartimento.

-Está bien.

-Bueno, mire. Lo único que sé es que está vivo, pero su situación es muy jodida. Porque su pibe estaba metido en el ERP. Hizo cosas gruesas. No sé si zafa.

-Pero, cómo, eso no es cierto. Él no estaba en el ERP. Él siempre los criticaba...

-Yo de eso no entiendo mucho. Yo sólo le digo lo que me dijeron.

-Pero no es cierto. Debe haber alguna forma de decirles que están equivocados. Yo me acuerdo muy bien, cuando ese grupo atentó contra un cuartel, él me dijo que estaban totalmente equivocados.

-Señora, en eso yo no me puedo meter. Es más, si se pone así, me hace dudar...

-No, no. Por favor, discúlpeme. Usted tiene razón...

-Si va a dudar de mi palabra, esto no tiene sentido.

-No, no. Disculpe. Yo quería decir...

-Mire, equivocado o no, las cosas están así. Y lo único que hago es decirle lo que me dicen. ¡Pero si me va a tratar así!

-Usted tiene razón.

-Está bien.

-Yo estoy tan, tan... no sé cómo decirle, alterada. Esto a una la enloquece.

-Bueno, me tengo que ir. Por ahora es todo lo que sé.

-Pero, ¿hay alguna forma...?

-¿Alguna forma de qué?

-Quiero decir, ¿puedo seguir contando con usted para seguir teniendo información?

-No es seguro. Además, yo corro muchos riesgos. Ya le dije.

-Pero yo puedo conseguir más dinero.

-¿Usted está segura de que Rosita no sabe nada de nuestras conversaciones?

-Sólo le dije que usted me estaba ayudando mucho, que yo estaba más tranquila con lo que me había dicho.

-¿Pero no le dije que no tiene que decirle nada?

#### IV

-Veámonos en el bar de siempre.

-¿Le parece? ¿No sería mejor cambiar?

-De eso me ocupo yo. No me haga perder tiempo.

-Disculpe.

-Está bien. ¿Te puedo tutear, no?

-Sí, claro.

-¿Vos podés traer algo de dinero?

-No sé, tendría que hablar con mi marido. ¿Tiene alguna novedad?

#### V

-¿Y a tu marido qué le decís?

-A él le tengo que decir la verdad. No tengo otra forma.

-¿Y de dónde saca la guita tu marido?

-Del negocio, aunque ahora no nos va tan bien. Desde que desapareció Alberto, él anda mal y no atiende las cosas como tendría que hacer. Además, también se ocupa mucho de mí. Yo al principio estaba tan mal...

-Hace bien en cuidarte. Vos sos muy linda.

## VI

-A ver. Todavía sigue vivo. Eso es lo que importa. Parece que el pibe es muy fuerte. Porque, aunque le dieron con todo en la tortura, se recuperó y ahora ya no lo molestan. Ya le sacaron toda la información. Porque eso sí, el pibe cantó como loco.

-No, no me diga eso. Es terrible. Yo no creo que él... Además, él no sabía nada. Si no estaba tan comprometido.

-Todas las madres dicen lo mismo.

-¿Usted cree que yo no conozco a mi hijo?

-Mirá, primero, tuteame. Si no, no te tuteo más.

-No me resulta fácil.

-Dale, creo que nos tenemos confianza, ¿no?

-Por favor....

-¿Te molesta que te tome la mano así?

## VII

-Esto me está haciendo muy pero muy mal.

-Creí que con todo lo que te fui contando estabas más tranquila.

-Sí, a veces, sí. Pero después, empiezo a dudar...

-¿Dudás de mí?

-No, de vos, no. Pero, ¿si tus compañeros te engañan, te dicen cosas que no son?

-Pero ¿quién te creés que soy? ¿Con quién crees que tratás?

-Disculpame. Estoy tan angustiada...

-Mirá, si no querés que nos sigamos viendo...

-No, por favor. No quise decir eso.

-¿Y, entonces, qué te pasa?

-Es que nunca engañé a mi marido.

-Creo que vos sacás tu provecho de todo esto, ¿no? Pero, bueno, si no querés que nos veamos más...

-No te estoy diciendo eso. ¿Nos vemos la semana que viene aquí?

-No. Te voy a llevar a otro hotel. ¿Conocés ese que está detrás de la Recoleta?

## VIII

-Tengo que salir primero, solo- dijo, mientras terminaba de ajustarse la corbata.

Elena lo miró sin decir nada.

-No puedo arriesgarme a que me vean salir con vos de acá.

Elena asintió con la cabeza. Él la miró con una expresión extraña.

-La próxima vez- dijo clavándole los ojos- también tenés que traer plata.

Ella lo escuchó en silencio.

-Si querés seguir teniendo información, yo tengo que seguir repartiendo dinero- dijo, seco- ¿Entendiste?

Ella no contestó. Bajó la cabeza y fijó la mirada cansada en el piso.

-¿Qué te pasa?- preguntó él en tono prepotente. Necesito plata, salvo que quieras acostarte con todos mis compañeros.



**Sin pecado concebidos**

**(1980)**



-Hola, padre- dijo Elisa desde abajo del altar.  
El cura continuó acomodando los cálices sobre la mesa. El sonido de un órgano parecía ocupar todo el espacio de la pequeña iglesia.  
-¡Padre!- alzó la voz.  
El cura se volteó.  
-¡Elisa!- dijo sonriendo.  
-¿Cómo está, padre?  
El cura alzó los hombros, se acercó a ella y le tomó las manos.  
-¿Alguna novedad?- preguntó mirándola a los ojos con temor, como si intuyera algo.  
Ella negó con la cabeza.  
-¿Venís a confesarte?  
-No- dijo ella.  
Él se echó atrás como sorprendido.  
-Claro, hija, claro. ¡En tu situación! ¿Qué pecado podés cometer vos?  
El golpe de una puerta al cerrarse hizo que el cura mirara, por encima de Elisa, hacia la entrada. Ella se dio vuelta, también. Era un hombre de traje azul y anteojos oscuros que parecía buscar a alguien. Miraba fijo hacia el altar, pero como si ellos no estuvieran allí.

-No se preocupe, padre- dijo Elisa-. Nadie me siguió.

-Bueno- dijo el cura sonrojándose-, ¿pero hay mucho ruido aquí, no? Hoy tenemos un casamiento. El organista es un chico nuevo. Practica. Mejor, vayamos a la parroquia.

-Vamos- dijo ella-, si no hay problemas de que lleve mujeres a su casa...

El cura sonrió y dijo qué podría hacer él con mujeres a su edad.

-¿Nunca pensó en casarse?- dijo Elisa, mientras caminaba.

Él dijo que no.

-¿Y nunca sintió pena por no tener hijos?

-Hijos, tengo- dijo el cura.

Ella se detuvo sorprendida.

-Todos concebidos sin pecado- sonrió él y la tomó del brazo para que siguiera caminando. Los sacerdotes predicamos la palabra de Dios y vamos sumando hijas e hijos de la vida. Yo tengo muchos. Vos sos una. Y el organista nuevo, otro. Pero tengo muchísimos más.

Pasaron a un corredor oscuro a través de una puerta pequeña. Al final, otra puerta entreabierta dejaba entrar un poco de luz. El cura la empujó suavemente con una mano para que Elisa pasara primero. Entraron a una habitación grande, con una ventana que daba a un patio interior. Debajo de la ventana, una mesa con tres sillas alrededor.

-Aquí vamos a estar tranquilos, hijita- dijo el cura y le indicó que se sentara-. Entonces, ¿todavía sin ninguna noticia?

Ella se sentó sin responder. Tanto que necesitaba hablar y no le salían las palabras.

-Bueno- dijo él tomándole las manos por encima de la mesa-. Podemos estar así, nada más, mirándonos a los ojos.

Ella intentó sonreír y le dijo que sí, que tenía una novedad.

-¿Querés contarme?- dijo él soltándole las manos y echándose hacia atrás.

-Hace un mes tuve noticias de Raúl.

Él la miró, como tratando de adivinar.

-Raúl sigue vivo- dijo ella-. Por lo menos estaba vivo hace un mes.

-¡Es muy buena noticia!

-Un muchacho que soltaron me dejó un mensaje debajo de la puerta. Se ve que no se animó a verme directamente. Los que liberan salen con mucho miedo.

No pudo seguir. Hacía fuerza para que no le cayeran las lágrimas. El cura le preguntó si quería un poco de agua. Ella movió la cabeza afirmativamente. Él salió y al rato volvió a entrar con una bandeja de plástico y dos vasos.

-Mirá- dijo el cura mientras alcanzaba uno de los vasos a Elisa y se sentaba. Podés hablar tranquila.

Elisa sonrió.

-Pero no es eso lo que quería contarle- dijo Elisa-. Recibimos una propuesta.

-Una propuesta -repitió el cura-. ¿De quién?

-Un militar- respondió. Y tosió para aclararse la voz-. Es un militar que tiene relación con una de las Madres. Le propuso que hiciéramos una lista con veinte nombres de chicos desaparecidos. Él trataría de hacerlos reaparecer.

-Pero eso es extraordinario- exclamó el cura.

-No sé, no sé -dijo Elisa.

-Pero- dijo el cura con cautela-, ¿tenés dudas?

Ella no contestó.

-¿Tenés miedo de que sea un engaño?- preguntó él.

Ella alzó los hombros.

-¿Qué perderían con intentar?

-No es sólo eso- dijo Elisa-. Al principio, cuando recibimos la propuesta, todas nos hicimos mucha ilusión. Pero, después, empezamos a desconfiar. Y empezaron las discusiones. Todavía la mayoría no tomó una decisión. Pero ayer una madre dijo que ella ya había decidido. Que iba a poner el nombre de su hijo en la lista.

Elisa volvió a hacer silencio. Un nudo le ataba la garganta.

-¿Y cuál es tu duda?

-¿Sería pecado si yo no pongo el nombre de mi hijo?

El cura hizo un gesto de sorpresa.

-¿Y qué nombre pondrías, si no?

-Ninguno.

-No te entiendo.

-Esa madre, la que dijo que pondría el nombre de su hijo, después dijo que ella sabía que si su hijo aparecía gracias a eso, él mismo se lo iba a reprochar.

El cura se levantó de golpe y empezó a caminar dando vueltas en la pieza.

-Pero ella dijo que es la madre y que no puede hacer otra cosa.

-Es terrible, hijita- dijo el cura.

-Terrible- dijo ella.

-¿Qué vas a hacer?

Elisa miró a través de la ventana y dijo que todo eso era una extorsión. Que podía ser cierto o mentira que aparecieran los de la lista, pero que no dejaba de ser una extorsión.

-Pero, no deja de ser una oportunidad de recuperar por lo menos a algunos- dijo el cura.

-¿Oportunidad?- dijo Elisa, con dureza. Y enseguida se arrepintió-. Escúcheme, padre. Yo también soy madre. Le acabo de decir que hace nada más que un mes tuve noticias de Raúl. Yo también quiero que reaparezca. Pero después de poner el nombre del hijo, ¿con qué cara voy a mirar a las otras madres?

El cura volvió a sentarse, estiró los brazos sobre la mesa y tomó las manos de Elisa en sus manos.

-Es terrible- repitió él.

Elisa se soltó suavemente de las manos del cura y dijo que ella ya casi había decidido. Por eso, había ido a verlo.

-Ya varias dijeron que no podemos perder la oportunidad. Si no podemos salvar a todos, aunque sea salvemos veinte, dicen- siguió.

El cura asintió.

-Pero tengo muchas dudas, padre- dijo ella-. Nosotras pedimos por todos. ¿Y ahora vamos a aceptar hacer sólo una lista de veinte?

El cura volvió a tomarle las manos.

-Te pasa como a mí- dijo él, con una sonrisa triste-. Ahora, tenés muchos hijos.





**Amigas**

**(1986)**



-¿Te enteraste la noticia, Pepa?- preguntó Francisco cuando entró a la cocina.

Cómo no se iba a enterar. Desde que se había levantado, la radio no paraba de repetir el discurso de Alfonsín. Por eso la había apagado.

-Pepa...- insistió Francisco

Pepa hizo un mohín como que no le importaba. Abrió la canilla de la pileta, echó unas gotas de detergente en la esponja y empezó a lavar los platos de ayer.

-Alfonsín se va a arrepentir- dijo ella.

-No, eso, no- interrumpió su marido-. El Negrito- dijo con cautela-. Se murió el Negrito.

Fue como si un rayo la fulminara. Tuvo que apoyar las manos sobre la mesada para sostenerse.

-¿Qué decís?- dijo Pepa con un hilo de voz.

-Parece que fue recién- explicó Francisco.

¿Por qué la primera imagen que le vino a ella a la cabeza fue la del Negrito tomando su teta? “Yo fui tu madre de leche”, le decía ella al Negrito cuando era chico. Y el Negrito sonreía, desviaba la vista tímidamente, como avergonzado. Claro, chuparle la teta a la vecina, a la madre de su amigo. Y ella, vaya a saber por qué, se lo decía en las

ocasiones más incómodas. Menos delante de su propio hijo, Carlitos. Vaya una a saber por qué. ¿Para no despertar celos en su hijo? ¿Por vergüenza? ¿De qué? ¿Qué más sagrado que dar la teta y todavía más si no es el hijo propio?

Pepa dejó la esponja, cerró la canilla y se sentó frente a Francisco.

-El miércoles había cumplido los 27- recordó su marido.

Carlitos y el Negrito habían nacido con un día de diferencia en la misma clínica y, por casualidad, ella y Beba, la madre del Negrito, fueron puestas en la misma habitación. Primero nació Carlitos y después el Negrito. Por eso, cuando nació el hijo de Beba, ella ya tenía leche y Beba no. Y el Negrito lloraba como un marrano, muerto de hambre. Para no escucharlo más, Pepa le dijo a Beba si quería que le diera ella.

Beba la había mirado como si no entendiera.

-La teta- aclaró ella.

Y Beba, asombrada, le preguntó si se podía.

-Y cómo no se va a poder, mujer- contestó ella.

Una enfermera le alcanzó al bebe y ella lo amamantó, todo el primer día y el siguiente también. Hasta que le dieron el alta a Pepa. Y eso fue todo.

-Pero, ¿cómo? ¿Qué pasó?- quiso saber Pepa, que todavía no podía creer.

-Muerte súbita, me dijo Josefa.

Josefa, la que me reemplazó como amiga de Beba, pensó Pepa.

-Estaba jugando al fútbol. Cayó fulminado. El corazón, parece.

Trató de imaginar el rostro de Beba, su ex amiga, en este momento. No pudo.

-Todavía no lo puedo creer. Tenía solo 27.

¿Qué sentía por Beba en este momento? Pero, no. No quería pensar en eso.

-Cuando Josefa me lo dijo, yo tampoco podía creerlo.

Francisco estaba lavando el coche en la puerta y vio al marido de Beba salir de la casa acompañado de un policía. Atrás, salió Josefa. La vecina se acercó y le contó.

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó Francisco.

Pepa levantó los hombros como diciendo que no sabía.

¿Iba a hacer lo que Beba no hizo por ella? Ir a darle sus condolencias. Y menos mal que no lo hizo Beba. La hubiera sacado corriendo. Porque Carlitos no estaba muerto. No era lo mismo.

Pepa había esperado otra cosa de su amiga. Totalmente, otra cosa.

El día que la patota se llevó a Carlitos de la casa, el único que apareció fue Osmar, el marido de Beba. No sabía lo que había pasado. Al principio, pensó que eran ladrones y estuvo a punto de llamar a la policía pero, después le contó a Francisco, tuvo la sospecha de que eran policías. Algo se sabía, se comentaba. Y recordó porque los tipos que vio en la puerta parecían policías. También vio a Carlitos encapuchado.

Entonces, Osmar esperó que los tipos se fueran y vino enseguida a casa. Y como tontos, como ignorantes, bah, Francisco y Osmar fueron juntos a la comisaría a hacer la denuncia de lo que había pasado. Pero Beba no apareció. Que el Negrito no viniera a ver qué había pasado con su amigo, era lógico. Todos los jóvenes eran sospechosos y no tenía por qué arriesgarse. Pero, Beba...

Y, ella, en este momento, ¿iría a verla? ¿Por qué?

Se imaginó al Negrito en el cajón. Qué terrible. Del Negrito, sin embargo, tenía que despedirse. Su hijo de leche.

La imagen de Carlitos y el Negrito jugando en la vereda. Tomando la leche en esa cocina en la que, en este momento, estaba ella, hablando con Francisco. La noticia terrible.

-Yo creo que yo voy a ir a verlo a Osmar- dijo Francisco poniéndose de pie.

-Andá, si querés. Yo no pienso ir- dijo Pepa, firme.

¿Y tampoco iría al velatorio, a despedirse del Negrito? ¿Qué culpa tenía el chico? Pero el Negrito no se iba a enterar si ella iba o no iba a verlo en el cajón. Y tendría que verla a Beba. Y saludarla. No. Ella no podía ser piadosa porque Beba no lo había sido. Eso de poner la otra mejilla era una mentira.

Francisco salió. Todavía estaban los platos sucios de la cena. Antes no los hubiese dejado allí toda la noche, pero las cosas habían cambiado. Ya ni Francisco le reprochaba que los dejara para el otro día. Las prioridades eran otras. Y también las ganas, las energías.

Había tenido que ocuparse mucho de lo de Carlitos. Más que todo el tiempo que lo tuvo a su lado. Más que criarlo. Y había estado casi sola en eso. Francisco, algo había hecho. Pero él nunca puso todo en lo de Carlitos. Y la familia, y las amigas... Amigas como Beba.

Ella podía comprender el miedo. Que Beba y su marido ya no vieran a verlos como antes. Que ya no hicieran asados juntos. Que ya no pasaran tardes cosiendo y mateando. El miedo lo podía entender.

Durante un tiempo, fue así. Simplemente, Beba y su marido se alejaron. Le dolió, pero podía entenderlo. Pero lo terrible fue cuando le pintaron el frente de su casa: "Aquí vive una Madre de terrorista". ¿Cuándo fue? En el 81, 82. En el 82, sí, durante Malvinas. Se ve que a los tipos que hicieron la pintada no les alcanzó la pared de su casa y la mitad de la palabra terrorista la escribieron sobre la pared de la casa de Beba.

Entonces, Beba la había cruzado en la calle y le había preguntado si no pensaba borrar aquello. ¿Borrarlo? ¿Yo? Beba la acusó de ser la responsable de que le ensuciaran el frente. La gente podía pensar que la madre de terrorista era ella, dijo.

Pepa no supo o no quiso contestarle. Un día vio a Osmar tratando de borrar las letras que quedaron del lado de su casa que, sin embargo, no salieron del todo. Un tiempo después, pintaron todo el frente y desapareció todo rastro. En cambio, Pepa y Francisco dejaron todo como estaba. Y todavía se podía leer, aunque algo desvanecido por el tiempo, "aquí vive una madre de terro...".

Pepa, de pronto, se sintió terriblemente cansada. Cerró la canilla de la pileta, dejó la esponja sobre la mesada y los platos sin terminar de lavar. Se sentó a la mesa. Con la mirada perdida. Maquinalmente, agarró un papel y un lápiz y empezó a hacer la lista de las compras.

Antes no necesitaba hacer estas listas. Lo tenía todo en la cabeza. Pero hacía tiempo que la cabeza estaba ocupada con otras cosas.

Se levantó. Se sacó el delantal. Lo colgó del gancho al costado de la heladera. Abrió el cajón de la mesa. Tomó el monedero. Y cuando le iba a avisar a Francisco que salía a hacer las compras se acordó que él había ido a verlo a Osmar.

Tomó las llaves y salió de la casa. Se paró un instante en la puerta. Iba a cruzar la calle cuando la vio a Beba.

Caminó hasta ella y la abrazó.





**Mi lugar en esta historia**

**(2008)**



Yo estuve ahí, señora. Participé del operativo. Algo le habrá anticipado Chela. Aunque ella no sabe más que eso. Es una historia de la que, por muchos años, no pude hablar. Sólo mi esposa la conocía, pero ella ya murió. Nunca pude declarar ante un juez, no sé, tal vez usted piense que no me animaba o algo por el estilo. Puede ser. Pero, ahora, algo cambió. No sé si será el paso del tiempo, que me estoy poniendo viejo. Pero ahora siento que puedo hablar, que debo hablar. Por eso le pedí a Chela que me ayudara a acercarme a usted. No quería presentarme de golpe, sorprenderla. Quizás, usted desconfiaba o tal vez no quería saber. Yo, en cambio, necesito contarle cómo fue, cómo pasó todo.

Ese día nos despertaron como dos horas antes del horario de siempre. No sabíamos bien por qué. Creo que yo habré pensado que se trataba de esos simulacros que nos hacían hacer de vez en cuando. Pero tendría que haber notado que algo distinto iba a pasar porque la arenga de esa mañana fue especial. El comandante Goitti, un rubio, de ojos celestes, muy fachero, un verdadero hijo de puta, que se creía un gran orador, empezó hablando de la subversión pero cuando terminó dijo que ninguno de los que estábamos ahí iba a olvidar ese día. En eso, no se equivocó. Dijo que íbamos a recibir nuestro bautismo

de fuego, que estábamos en una guerra, una guerra que ellos, el Ejército, no había declarado, sino la subversión, pero que el Ejército junto con las fuerzas hermanas habían tenido que aceptar para salvar a la Patria. Y que un bautismo de fuego no era disparar o estar dispuesto a matar, sino a morir. Que, quizás, algunos de los que estábamos ahí no iban a volver ese día al cuartel. Y que, en todo caso, teníamos que estar orgullosos de poder dar la vida defendiendo nuestra bandera.

Apenas nos dieron un mate cocido y un pan a cada uno. Y salimos. Seríamos unos sesenta soldados. Y, además, estaban los oficiales y suboficiales; ellos también eran unos cuantos, además del jefe de la compañía habría unos cinco oficiales y quizás diez o doce suboficiales. Viajábamos en cuatro camiones y varios jeeps. Habremos andado cerca de una hora pero, cuando nos hicieron bajar, todavía era de noche. Era pleno invierno. Usted debe saber, el 5 de agosto. No me voy a olvidar nunca de esa fecha y todo lo que sucedió ese día.

Habremos llegado al lugar a eso de las seis de la mañana. Todavía, estaba oscuro. Nos hicieron bajar de los camiones en silencio, tratando de hacer el mínimo ruido y nos fuimos apostando, según las indicaciones de uno de los sargentos, uno al que le decían el Topo. ¿Alguna vez le dieron ese nombre? Era uno bajito, medio rengo, con un defecto en la pierna izquierda, el apellido era San Esteban. Él jugó un papel importante en el operativo. Porque era el que realmente sabía cómo hacer las cosas. Goitti, en cambio, era puro verso. Después que pasó todo, Goitti nos volvió a arengar. Repitió lo de la subversión y los apátridas. Dijo que teníamos que guardar secreto de todo. Aunque habíamos hecho lo que se debía hacer, no había que alertar a la subversión que operaba en el exterior y que hacía una campaña anti-argentina. Nadie tenía que saber qué habíamos hecho ni qué había pasado. Nunca. ¿Me entiende? Es muy importante para mí que usted me entienda. Por eso, le insistí tanto a Chela con que me presentara.

Ellos nos obligaban a callar. Sabían que no estaba bien lo que habíamos hecho, lo que nos obligaron a hacer. No teníamos opción. Pero, bueno, a usted todo esto no le debe importar. Querrá saber lo

que pasó con su hijo. Y yo se lo quiero contar porque tuve esta historia adentro siempre. Y, poco a poco, me carcomía el cuerpo. Terrible.

Cuando bajamos del camión nos distribuyeron en distintos puestos. A mí, junto con otros soldados, me hicieron entrar en una casa. Les dijeron a los dueños que se metieran en una habitación del fondo y que no salieran de ahí. Nosotros seríamos unos seis o siete. Yo tomé lugar en la ventana, tenía un Fal, estaba entre los tiradores, apostado justo frente al lugar en el que se suponía estaban los subversivos.

No me entienda mal. Digo subversivos porque así era cómo ellos les decían. Ni siquiera sabíamos a qué grupo pertenecían. Ni los nombres sabíamos. Dos o tres días después, supe el de la chica y el de su hijo.

No me acuerdo cuándo se me ocurrió buscar si el nombre de alguna Madre coincidía con el apellido de su hijo. Y un día, lo encontré. Desde entonces, lo único que pensé es cómo contarle a usted que yo había estado allí, o mejor dicho, lo que había pasado, que seguramente querría saber porque yo no dejaba de escuchar eso de que ustedes al menos querían que les dijeran algo, que si estaban vivos o muertos. Yo entendía bien eso. Y me propuse decirle todo un día. Pero me costó mucho. Es terrible. Y no sé cómo explicarle.

Yo estaba allí, con el Fal, apuntando a la entrada de la casa, era como algo irreal. Uno se puede olvidar de muchas cosas, de muchos detalles, pero nunca, nunca te olvidás de lo que sentís. Y yo sentía una mezcla de terror y curiosidad. Estaba apuntando con el arma cuando vi que se abría la puerta de la casa, vi algo así como una camiseta o una camisa, que colgaba de un palo, al principio no entendí, parecía que desde adentro de la casa se estaban burlando de nosotros, pero el sargento murmuró “bandera blanca, bandera blanca”. Y después de unos segundos: “Se quieren rendir los putos”. Entonces, entendí. Me dije que, si se estaban rindiendo, no iba a ser necesario disparar. Que por suerte todo terminaría bien.

“Vamos a salir”, gritó una voz de mujer desde enfrente. Y asomó. Tengo el rostro de la chica grabado. Los reflectores formaban como

un círculo que destacaba su cara y medio cuerpo. La chica se quedó parada en la puerta, inmóvil, sin decir nada. El silencio era impresionante. Entonces, sentí la voz de un oficial que gritó, creo que era el comandante. “Alto”, gritó. Y después, la misma voz, ordenó que un soldado se acercara.

Sentí una mano sobre mi hombro, me di vuelta. Era el Topo. Me ordenó que dejara el arma y que fuera hasta la chica y le preguntara si se iban a rendir. Que le preguntara cuántos eran. No podía creer que me estuviera hablando a mí. No podía procesar esas palabras. Sin embargo, dejé el arma en el piso, me acerqué a la puerta, abrí, salí a la calle y avancé dos o tres pasos sobre la vereda. Era como si mi cuerpo, independientemente de mi voluntad, obedeciera órdenes que no pasaban por mi cabeza.

Creo que caminé hasta mitad de la calle. La chica tendría solamente uno o dos años más que yo. Era rubia, blanca, muy blanca me pareció, aunque también podía ser el efecto del reflector. Ella habló primero: “Hay un bebé- dijo-, quiero sacar al bebé”.

Yo no reaccionaba. La chica dejó muy lentamente en el piso el palo con la camisa blanca, entró a la casa y volvió a salir. Traía un bebé a upa; tendría año y medio, o un poco más. Lo había envuelto en una mantita. Estiró los brazos como para alcanzármelo. Como yo no me movía, me dijo algo, no recuerdo qué, y volvió a mover los brazos.

Entonces lo tomé. El chiquito empezó a decir “mamá, mamá, mamá”. A mí me parecía que gritaba pero, después, me di cuenta de que no, lo que pasó fue que mis sentidos amplificaban todo. Me di vuelta y empecé a retroceder. El bebé se calló. El silencio me pareció terrible; más profundo que nunca. Pero no alcancé a pisar la vereda que comenzó la balacera. Primero tiramos nosotros y después ellos respondieron. Pero en el cuartel, el oficial Goitti decía que no, que de adentro tiraron primero.

Yo alcancé a meterme en la casa en la que estábamos apostados. Topo, el sargento, me sacó al bebé, entró a la habitación donde estaban encerrados los dueños de la casa y se los dejó. Al bebé no lo vi

nunca más. Me dijeron que quedó con esa familia y que, después, esa familia lo habría llevado a algún lugar como la Casa Cuna, pero no me consta.

Yo había vuelto a mi puesto en la ventana. La balacera había acabado. Ya sólo se escuchaban tiros aislados. Lo primero que vi fue el cuerpo de la chica sobre la vereda. Y, después, noté un movimiento en la terraza de enfrente, como la sombra de un hombre recortada contra la claridad del día que ya asomaba. Volvieron los tiros y escuché el estruendo de una bazuca. Y otra vez el silencio. Terminó el enfrentamiento.

Después vi a su hijo herido en una pierna y, quizás, también en un brazo. Lo vi cuando lo bajaron de la terraza por donde había querido escapar. Lo subieron a uno de los jeeps y se lo llevaron. Estaba vivo, seguro, no parecía herido de gravedad. Pero no lo vi nunca más. En cambio, la chica, el cadáver digo, estuvo tendida ahí donde había caído durante varias horas. Después, estuvo unos días en el cuartel. No sé qué habrán hecho, ni dónde lo enterraron, si es que lo enterraron.

Al sargento Topo, a un soldado y a mí nos dejaron en la casa como custodios. Pasamos dos días allí, dormíamos y comíamos allí sin salir de la casa. El último día trajeron uno de los camiones y vaciaron el lugar. Metieron todo en un camión. Muebles, televisor, libros, ropa. Todo. A nosotros, los que permanecemos en la casa, nos ordenaron que tomáramos algo. Al principio no entendí, creía que teníamos que ayudar a cargar, pero enseguida me di cuenta de que no era eso. Yo agarré un saco azul, con botones dorados y, también, un rosario.

Durante un tiempo me extrañó eso del rosario, si eran subversivos, ateos, cómo podían tener ese rosario. A usted le parecerá estúpido, con todo lo que le estoy contando, pero eso se me transformó en una obsesión. No sabía bien qué pensar. Sólo le puedo decir que cuando pensaba en el rosario me agarraba una angustia tremenda. Al final, se lo di a mi hermana, adentro había una estampita de primera comunión. Tenía el nombre de la chica. No sé qué habrá hecho mi hermana. Nunca le pregunté, no creo que lo conserve. Si quiere, pue-

do averiguar. El saco lo tuve yo un tiempo. Nunca lo usé, se lo juro, pero no me animaba a tirarlo. Cada tanto, lo veía por algún lado de la casa. Y, después, lo dejé de ver. No sé qué habrá pasado con él. Y eso es todo. No sé nada más. Espero que comprenda qué lugar ocupo yo en esta historia.



**Un mismo día<sup>4</sup>**

**(2012)**

---

<sup>4</sup> El poeta y titiritero Javier Villafañe escribió, mucho antes de que existiera este relato, un diálogo entre él y Maese Trotamundos, premonitorio de esta historia.



*A María Elisa Hachmann de Landín*

Al final, Ernesto es el único que me acompaña. Iba a decir que no me abandona, pero sería injusto. También, Inés y Carlos se ocupan de mí. Pasa que Ernesto es distinto. Está siempre a mi lado.

Inés tiene a su marido, a sus hijos y a su carrera. Me llama por teléfono todos los días. Siempre la noto apurada...

A Carlos, desde que se fue a vivir a Chile, sólo lo veo para las fiestas de fin de año. Me llama mucho menos, pero es muy cariñoso, muy expresivo. Siento su cariño a través del teléfono, de su modo pausado de hablar, como si me acariciara con las palabras. Pero él también tiene su vida, su pasión por la informática. Me quiere convencer de que use ese programa para hablar por teléfono con la computadora. Pero mi computadora es vieja y no sirve para eso. Me prometió que me iba a comprar una y le iba a poner todo lo que necesite, así podemos hablar más barato. Además, los que hablan se pueden ver.

Está bien que así sea. Los dos tienen su vida. Son jóvenes y a nosotros también, a Humberto y a mí, cuando nos casamos y tuvimos los chicos, sólo nos alcanzaba para ocuparnos de nosotros. Cuando

murió mamá, me di cuenta que había sido egoísta. Por suerte, eso me hizo cambiar y con papá fue distinto. Incluso, le llegué a decir que había sido egoísta con mamá. Él me decía que no, que así es la vida. Pero yo me sentía culpable igual.

Ah, la culpa. No sirve de nada. Perjudica, solo perjudica.

Humberto se murió también lleno de culpa. A mí no me va a pasar. Pero no me va a pasar porque hice todo lo que pude por mis hijos. Si alguna vez los descuidé, si ellos, quiero decir, Inés y Carlos, sintieron alguna vez que los descuidé, o mucho, sé que ahora no lo creen así. Finalmente, entendieron que Ernesto era el que más me necesitaba.

Ernesto. Siempre lo veo igual, con sus ojos enormes, castaños y redondos como el padre, que le da ese aspecto algo infantil, como en la foto que tengo sobre la cómoda. La foto que usé para todo. Para los carteles, para las denuncias.

Esa foto se la había sacado un compañero, en un campamento, de esos que hacían ellos, que se iban a no sé dónde. A Córdoba o a Sierra de la Ventana. Estaba con otros compañeros, alrededor de un fogón, escuchando al que tocaba la guitarra y cantaba.

Yo, cuando tuve que elegir una foto, tomé esa. Era la más reciente. Humberto le había sacado muchas fotos a los chicos, pero sólo cuando eran muy chicos. Prácticamente, tengo muy pocas de ellos de jóvenes. Ésta, en cambio, era más o menos de un año antes de la desaparición. La única que me servía si quería que alguien lo identificara.

La llevaba siempre conmigo para mostrarla en los juzgados, en los hospitales, en las morgues. A ver si alguien me podía decir dónde estaba, si lo habían visto. Les dejaba una copia con mi teléfono y mi dirección en letra grande de imprenta. Para que me avisaran si llegaban a saber algo.

Inés se había enojado un poco conmigo por eso. Y Humberto le había dado la razón. ¿No estaba poniendo en peligro a todos, por dejar mis datos, los datos de todos? Porque, todavía, Inés y Carlos eran chicos, vivíamos todos juntos.

Y un poco de razón tenían Inés y Humberto. Pero, qué podía hacer. Y, ahora, a Ernesto siempre lo veo así, como en esa foto que no sé quién le sacó.

A veces, sospecho que los demás piensan que es parte de mi locura, que no quiero pensar, no sé qué cosa, en unos huesos, o vaya a saber qué. Tienen que pasar por lo que pasé yo, por lo que pasamos todas nosotras, para comprender. ¿Cómo pueden creer que un hijo que yo vi irse vivo me lo pueden devolver convertido en huesos? Yo nunca quise saber nada de eso. Mi hijo es lo que soñaba ser, lo que estudiaba, lo que hacía con sus compañeros, lo que cantaba. ¿Qué tiene que ver eso con huesos?

Creían que estaba loca porque decía que a Ernesto lo veía en la Plaza y en cada cosa que hacía con las Madres.

Después, empecé a verlo en todas partes. Tengo esta relación especial con él.

Por eso, el otro día, enseguida me di cuenta de que algo le pasaba. Lo noté en su cara. Ya hacía unos días que me rondaba, que me miraba como si buscara algo, como si quisiera preguntarme algo y no se atreviera.

Hasta que ayer a la noche entró a mi pieza, después de que Susana se llevó la bandeja con la comida, casi completa, porque no tenía nada de hambre. Se sentó sobre la cama y me miró un largo rato. Como si no se animara a hablarme.

La preocupación le achicaba los ojos y le hacía apretar los labios. Sí, como si no quisiera dejar salir las palabras que le daban vueltas por la cabeza.

Me miraba de costado, con una mano apoyada sobre la cama y la otra tomándose el brazo. Pensé que quizás yo ya me vería tan mal que él no podía ocultármelo, disimular, como si todo siguiera igual, como si no tuviera este cáncer que me está dejando pura piel y hueso.

Sí, Ernesto, le iba a decir yo, es así. A todos nos toca. Y me llegó el turno. Es la vida, así.

Sí, es duro perder a una madre. Yo también perdí la mía. Pero, mejor no estar triste. Mejor hablar de las cosas que realmente interesan, sobre todo, cuando ya casi no me queda tiempo, le iba a decir.

Pero no tenía fuerzas para hablar y él me seguía mirando con su cara infantil, con esa sombra que hacía tanto que no le veía en el rostro.

-¿Qué pasa, Ernesto?- le pregunté haciendo un esfuerzo.

-Nada, mamá- me dijo él y esbozó una sonrisa, leve, levisima. Él, que siempre sonrío con esa sonrisa enorme.

Los hijos siempre, por más grandes que sean, necesitan nuestra ayuda.

-Decime- insistí.

Él retiró la mano de la cama y se enderezó dándome la espalda. Como si le hablara a la pared, empezó a decir que había estado pensando o, mejor dicho, que había tenido un sueño y que ese sueño lo había hecho pensar. Y que...

Y daba vueltas, y vueltas, y no largaba nada.

De repente, se levantó y empezó a caminar nervioso por la habitación. A mí, sin querer, se me habían cerrado los ojos de sueño, de cansancio.

-¿No me vas a decir qué te pasa?- le pregunté con la poca energía que me quedaba.

No me contestó. Sentí que se detenía en medio de la habitación. Intenté abrir los ojos, pero no pude.

De golpe, me preguntó cómo me sentía.

-Bien, hijito, bien- le dije haciendo un esfuerzo.

-Te veo muy caída.

-No te preocupes.

Sentí que se acercaba. Se volvió a sentar sobre la cama, muy cerquita.

-Tuve un sueño- repitió hablándome muy bajito al oído-. Soñé que moría el mismo día que vos.

## Palabras finales

*Por Hebe de Bonafini*

### Hace 20 años

Un día vino y me dijo “quisiera empezar a escribir algo sobre las Madres”. Hasta ese momento todo lo habíamos escrito nosotras, salvo el libro de Matilde Sánchez sobre mi vida.

Allí comenzó otra historia, hace más de 20 años: joven, serio, callado, sus silencios te dan tiempo a pensar.

Investigó de manera increíble como lo hacen los mejores escritores. Respetó nuestros tiempos, tomó notas de todo y un día del 2006 me dijo: “Creo que tengo el primer tomo de la historia de las Madres. Te lo traje para que lo leas”.

Vino con la misma humildad que hace 20 años. Ya no era el joven de aquel día. Se había casado, tenía hijos; igual se brindó todo el tiempo para regalarnos el libro más grande la historia de las Madres.

Luego, me anunció que había comenzado a escribir el segundo tomo con la misma sonrisa y con el mismo amor.

Por todo esto y más, gracias Ulises Gorini por tanto amor y tanto respeto, por tanta persistencia. Cada palabra es un regalo para las Madres.

